



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10814

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 pías.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 21 DE MARZO DE 1936

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cassan 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura. Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para penados, Norias especiales. Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cubas de abaca y metálicas, vis. fijas con sus maguetas, plataformas y demás accesorios, cerruras, etcétera, etcétera. Balcas y Cajas para caudales. Existentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

GAMLO PEREZ LURBE
12/ CASTELLIN 12

La mujer de Isidoro.

¿Qué iba a hacer yo pobre de mí cesante y huérfano?

Carecía de padrino; la patrona me echaba en cara diariamente el pan con que me socorría, y poco a poco iban desapareciendo del baul las prendas inferiores. Un día noté con dolor, que no me quedaban más que una camisa y un puño.

—¿Por qué no te casas?—me dijo un compañero de la niñez.

—¡Vaya una solución! Conque no tengo lo necesario para mi subsistencia y quiero que contraiga nuevas obligaciones. Casate con una rica.



—Una rica? —Sí, con Doña Acacia, la viuda de Barjoflo.

—¿Qué barbaridad!

—Es una mujer que suspira por un esposo.... Tiene una regular fortuna; además conserva frescas las carnes.

—¿Qué carnes? ¿Ha inventado alguna industria nueva?

—Hablo de sus propias carnes. Aquel amigo, queriendo hacerme un favor, fue la causa de mis desventuras.

¡Ay!

Me casé con Doña Acacia, que era una especie de carabín de mar, y pasados los primeros días del matrimonio, comenzó a mortificarme, haciendo de mí un esclavo.

Isidoro, tráeme las botas.... Isidoro, tráeme el corse; Isidoro, sácame a paseo; Isidoro; hazme un peinito....

La esposa parecía horribles neuras procedentes de un susto que le había dado su primer esposo. Contaba ella que estando una tarde haciendo crochet, sentada en una silla, entró en la sala su marido con un saco, y sin darle tiempo a defenderse, se lo metió

por la cabeza. Después cogiéndola en vilo, la arrojó a la calle.

La esposa no murió, desgraciadamente, pero estuvo ochenta días en la cama delirando y rascándose las contusiones. Al marido le declararon loco y al fin bajo a la tumba, agarrado a una sombrerera de cartón, porque le había dado la locura por enamorarse de todos los bullos que veía.



Doña Acacia pudo abandonar el lecho y entregarse a sus ocupaciones; pero desde el día de la caída, comenzó a sentirse atormentada por los dolores neurálgicos; y un día se le presentaban encima del ojo derecho; otro sobre el izquierdo; ya en las sienes, ya en la parte superior de la nariz, ora en la mandíbula lateral derecha, ora en la izquierda.

Lo único que atenúa los dolores era un líquido transparente e inodoro, que le había sido recomendado por un farmacéutico andaluz, inventor de varios específicos.

Casi todas las noches mi esposa, antes de cerrar los ojos, me decía con voz desahogada:

—Isidoro, tráeme el líquido.

Y yo tenía que encender la luz, coger la botella, sentarme en la cama y ponerme a friccionar la parte dolorida de mi señora.

—¿Dónde es hoy el dolor?—la preguntaba.

—En el arranque de la nariz; frotámela bien, imbécil; que no tienes disposición para nada.

¿Qué noches me hacía pasar aquella mujer! Unas veces reñía, porque la frotaba con fuerza; otras porque no la frotaba bastante y otras porque la frotaba regularmente.

Al otro día, no bien se levantaba venía hacia mí, echando fuego por los ojos y eran de oír sus insultos.

—¡Torpe! ¡Animal! ¡Facineroso! Me has dejado en carne viva todo el arranque de la nariz.

—¡Pero, mujer....!

—¡A callar!

Como ella tenía el dinero, yo no osaba llevarle la contraria.

Un día me dijo:

—Vamos a viajar. Me canso de estar siempre parada en un mismo punto.

—Lo que tú quieras, Acacia.

—Vamos a Barcelona, a ver si encuentro a un hermanastro, que se nos fue de casa y luego he sabido

que que vivía en Barcelona sacando



muelas en la plaza pública con un sacacorchos.

Y a Barcelona nos fuimos.

II

Al verse mi mujer en la fonda, comenzó a poner defectos y a rabiar, según costumbre.

La comida no le gustaba; al camarero no le podía ver sin conmoverse porque se parecía a un loro que había tenido ella cuando niña. Encontraba dura la cama y todo le oía a sopa de hierbas.

Nosotros teníamos una habitación común con un solo lecho y junto al lecho una mesa y encima de la mesa muchísimos cacharros; el frasco de la bandolina que usaba mi mujer con prodigalidad desesperante; un tarro con pomada; otro con vaselina para los labios; otro con espíritu de vino, y otro con tinta fina de escribir, porque mi esposa era bastante literata y se parecía por emborronar papel.

Entre todos aquellos frascos velase en primer término el que contenía la untura maravillosa antineurálgica del farmacéutico andaluz.

La noche siguiente a la de nuestra llegada fue horrible para mí: mi esposa comenzó a dar vueltas en el lecho y a lanzar ayes doloridos. —¿Qué tienes, Acacia?—la dije yo.

—La neuralgia.

—¿Dónde te duele?

—En todo el rostro. Trae el líquido. ¡Anda, corre!

Busqué los fósforos sobre la mesa de noche; pero no estaban allí.

—¡Pronto, salvaje, que me estoy muriendo de dolores—gritó mi esposa.

—No encuentro los fósforos.

—¡Buscalos, idiota!

Todo fue inútil: los fósforos no parecían y como mi mujer redoblaba sus insultos y me buscaba en la sombra para arañarme, salté del lecho y me dirigí a la mesa.

Busqué a tientas el frasco de la untura prodigiosa y al fin di con él.

—Aquí está—dije con cierta satisfacción íntima.

—¿Qué?

—El líquido.

—¡Pronto friccioname toda la faz. Anda no te detengas.

Vertí en la palma de la mano buena cantidad de líquido, y me puse a frotar la cara de mi mujer.

—¿Sientes alivio?

—Sí; contestó ella algo más calmada.



Después, un ronquido dulce y acompasado me hizo comprender que mi Acacia había vuelto a cojer el sueño.

III

No eran aún las siete de la mañana cuando desperté.

MI esposa dormía todavía.

Fui a coger los calceines y lancé un grito de asombro. Mi mano derecha estaba teñida de negro.

Lo comprendí todo: en vez de coger la botella de la untura antineurálgica, había cogido, por equivocación la noche antes, el frasco de la tinta fina de escribir.

Lleno de espanto miré a mi esposa, que seguía durmiendo.

¡Horror! Tenía la cara lo mismo que un puchero usado.

Y hui de la fonda.

Y no he vuelto a saber de ella desde entonces.

(Prohibida la reproducción.)

Su retrato

Sus cabellos son rubios como el oro; su entes seuroso: como el nácar; un tentador lunar en la mejilla, y angelical mirada. De dientes diminutos como perlas; de labios como grana; de cuerpo escultural y afiroso porte; modelo, en fin, de hechizos y de gracia. Ya la veis; es hermosa. Si quisierais ser felices, lo adoraría. Yo la llegué a querer, como en la vida sólo una vez se ama, y comprendí, ya tarde, que en su pecho un corazón de pedernal guardaba. ¿De pedernal? Monté; que anunciando dura, fuego tiene esa pispa en sus entrañas. Es de duro metal, y yo tan solo di en él con el óxido que mata.

Antonio Butigieg.

Yligan 17 Enero 96.

Las fiestas de Porman.

Las fiestas religiosas y populares, con que la Junta de Gobierno del Hospital de Caridad, ha celebrado el solemne acto de la inauguración de su artística y preciosa Capilla, han revestido solemnidad inusitada.

El vecindario todo ha tomado parte en ellas, asociándose al júbilo de los que, cual obreros de la Caridad, se lanzaron con singular independencia y abnegación extraordinaria, a procurar un alto beneficio para los infortunados y mantener a la humanidad en el santo amor del prójimo.

El día 18 de la tarde, víspera de la fiesta, hizo su entrada en el pueblo la

laureada banda de Infantería de Marina, ejecutan el Himno Nacional de Chile, en medio de un entusiasmo indescriptible y de vivas a España.

A las 8 de la noche tuvo efecto la conducción de la imagen de San José desde la casa de D. Miguel Zapata, a la Iglesia parroquial, donde se efectuó el solemne acto de la bendición por el párroco Sr. Soria, que pronunció una sentida plática.

El entusiasmo que despertó en todo el pueblo la imagen del Santísimo Patriarca, al salir de la casa del Sr. Zapata, no es para describir.

La carroza que recorrió la procesión, hallábase ocupada por un gentío inmenso, que no cesaba de dar vivas al Santo Patrón de la Iglesia Universal.

Los continuados disparos de cohetes, luces de bengala, las campanas de la parroquia, y las aordes de la música, daban al cuadro que presenciaban un deslumbrador aspecto.

A las 9 de la noche se quemó un precioso y magnífico castillo de fuegos artificiales, que hizo honor al pirrotecnico de Oñate, enarmando de su concepción.

La tarde siguiente, después de muy agradable y festiva, se presenciar una vez mas las especiales condiciones que para el canto regala las bellas señoritas Mercedes Amador y Lucinda Manzanares, que ejecutaron varias piezas de repertorio, acompañadas al piano y bandurria por los señores Selgas y Astor.

Terminada la velada, se retiró el pueblo a descansar.

El día 19, a las 7 de la mañana, la música de Infantería de Marina, recorrió las calles del pueblo ejecutando una preciosa diana.

A las 8, y por el celoso cura párroco D. José Soria, se bendijo la Capilla con arreglo a ritual, a cuyo acto asistió la Junta de Gobierno del Hospital, terminando el cual, se trasladó dicha Junta, con su estandarte, a la Iglesia parroquial, donde a las nueve y media se cantó una solemne misa con orgueta, haciendo el panegirico del Santo Patriarca, D. Miguel Martínez Esteban, Capellán de honor y Predicador de S. M., quien pronunció un entusiástico sermón, que fué del agrado de la concurrencia que, por completo la Iglesia de Santiago.

Terminada la misa tuvo lugar la procesión, recorriendo las principales calles del pueblo, que hallaban engalanadas con vistosas colgaduras y arcos de follaje y flores.

La procesión resultó brillantísima. Marchaban delante del trono de San José, con velas encendidas, un buen número de obreros, las hijas de María, que lucían preciosos ropajes y medallas, un considerable número de señoras y señores, y en último término la Junta del Hospital, que las autoridades e invitados, presidiendo el acto los presidentes honorarios de dicho Hospital, Sres. D. Miguel Zapata, D. D. Obdulio Moncada, el doctor D. José Maestro y el Alcalde Sr. Lopez Bana.

A la una de la tarde, entraba en el Hospital la imagen de San José. Terminada la procesión, la Junta del Hospital, presidida por el Sr. Maestro, solemnemente proclamó a la que asistió un público numeroso de mayor realce y esplendor al acto, las señoras y señores, que a él concurrían.

El presidente honorario de la Caridad D. Obdulio Moncada, pronunció una sentida y preciosa discurso, cuya síntesis fue la siguiente: «La Caridad, digna de ser el modelo del hombre, ha sido y será siempre el siglo de la humanidad, como emanación directa

del hombre, ha sido y será siempre el siglo de la humanidad, como emanación directa